

## LA BIOGRAFÍA O EL PAPEL DE LOS GRANDES PERSONAJES EN EL CINE

Ángel Luis Hueso

Universidad de Santiago de Compostela

La recuperación histórica ha sido una constante que el hombre ha afrontado a lo largo de los años. A nadie se le escapa la preocupación que cada generación ha tenido por acercar al presente los acontecimientos del pasado, utilizando para ello diversidad de fórmulas.

Los modelos a los que se ha recurrido para mantener vivos los sucesos preteritos no sólo han sido plurales sino que han respondido siempre a la unión de dos premisas: las intenciones (o finalidad) que tenía el grupo social concreto que abordaba esa historia, y las técnicas o fórmulas que parecían más apropiadas para llevar a efecto ese tipo de interpretación.

Por ello no nos puede extrañar (sino que es totalmente lógico) que la época contemporánea haya recurrido a la imagen (y en concreto al cine) como elemento idóneo para mirar hacia el pasado y, a la vez, responder a las inquietudes e intereses de la sociedad de ese momento.

El denominado «cine histórico» es uno de los soportes fundamentales de esta aproximación e interpretación del pasado. Y cuando decimos interpretación estamos teniendo en cuenta dos factores que no pueden ser dejados de lado cuando nos referimos a este tipo de imágenes animadas.

Por una parte, la incidencia de determinados criterios historiográficos. La manera de abordar los hechos del pasado ha ido cambiando a lo largo del tiempo y responde claramente a los intereses de la sociedad; es necesario reconocerlos, interpretarlos, valorarlos para llegar a una comprensión lo más perfecta posible de aquello que se pretendía hacer.

Con relativa frecuencia este aspecto de reflexión histórica es dejado de lado, viéndonos deslumbrados por aspectos externos más llamativos; sin embargo, se trata de un factor que condiciona de manera capital todo aquello que hagamos en relación a la recuperación histórica y que si no tenemos presente concediéndole la importancia que tiene, nos puede llevar a errores interpretativos o afirmaciones totalmente gratuitas.

Pero, por otra parte, también deben de valorarse con detenimiento los criterios utilizados por cada director (nos referimos a él como aglutinador y responsable último de otras muchas aportaciones que se producen en el filme). Es indudable que el contexto socio-cultural en el que se trabaja incide de manera más o menos

importante en el resultado final; no podemos aplicar de una manera radical la relación «causa-efecto» entre los hechos sociales y las películas, pero todos somos conscientes de la evidente implicación entre ambos aspectos.

Teniendo en cuenta todos estos factores es como podemos reconocer que el cine histórico no es una manifestación monolítica y unitaria, sino que, por el contrario, ha adoptado a lo largo de la historia diversidad de fórmulas. En esta ocasión queremos detenernos en una de ellas: la biografía.

Nadie puede ignorar la importancia que esta forma narrativa e histórica ha tenido desde los mismos orígenes de la investigación sobre el pasado; bien es verdad que ha ido cambiando, como no podía ser de otra manera, tanto en sus características internas como en su aceptación social, pero en todas las ocasiones nos encontramos con unos estudios que pueden provocar nuestro interés para seguir profundizando en el conocimiento del pasado.

La aplicación de los principios de la biografía literaria al cine ha tenido una evidente presencia durante todo el siglo XX. Se han estudiado estas manifestaciones y nosotros mismos lo hemos hecho en otras ocasiones, pero en este momento vamos a abordarlo estableciendo una serie de reflexiones generales que pueden tener una amplia validez.

#### I. RASGOS DE LA IMAGEN CINEMATOGRAFICA

En primer lugar, es importante recordar (pues de todos son suficientemente conocidos) determinados aspectos o singularidades de la imagen animada que aunque parezcan elementales deben ser tenidos siempre en cuenta por su incidencia y resultados sobre la propia imagen y su recepción.

Lo primero que nos puede llamar la atención es que estamos utilizando un tipo concreto de imágenes para reconstruir el pasado; y ello porque no podemos olvidar que se trata de imágenes que se caracterizan por dárseles siempre en presente, inmediatas y cercanas al espectador. El hecho técnico de que el cine vaya surgiendo paulatinamente ante nosotros (y nosotros lo vayamos percibiendo como tal) gracias a su proyección, hace que sus imágenes sólo existan en tanto en cuanto aparecen sobre la pantalla, lo que se produce de una forma puntual y limitada, ya que en cada momento van siendo sustituidas por otras consecutivas.

Es evidente que nos estamos refiriendo a la imagen cinematográfica entendida en su sentido puro y tradicional, ya que no hacemos mención a otros soportes técnicos con los que se ha conseguido superar este carácter de fugacidad y dotar a las imágenes de cierta perdurabilidad.

Pero, de igual manera, debemos recordar que nos encontramos ante un espectáculo. Esta faceta (que con frecuencia es menospreciada por ciertos estudiosos del cine) condiciona todos los aspectos de este medio, puesto que sus vertientes industrial, social o narrativa no pueden ser interpretadas correctamente si hacemos abstracción de su soporte espectacular.

Desde un punto de vista social no podemos ignorar la fuerte vinculación que se produce entre el espectador y las vivencias de los protagonistas; esta empatía condiciona en ocasiones la validez interpretativa que hagamos de las propias imágenes, puesto que perdemos el necesario distanciamiento que nos permite emitir juicios de valor ponderados.

No podemos olvidar que esta situación ha estado fuertemente vinculada, durante muchos años, a determinadas fórmulas industriales de producción, y en concreto, al denominado «star-system». La importancia de determinados actores y actrices como soportes e impulsores de ciertas películas se ha utilizado con gran profusión a lo largo de la historia del cine, pero ello alcanza niveles más singulares cuando se trata de interpretar la vida de personajes conocidos de la historia (el caso de Charlton Heston es suficientemente revelador de cuanto decimos, pues podemos recordar sus interpretaciones en que dio vida a Moisés, El Cid, Ben-Hur y Miguel Ángel).

Pero hay otro rasgo de la imagen cinematográfico que también es necesario tener presente. Nos encontramos ante una forma expresiva que posee su propio lenguaje, sus recursos perfectamente estructurados y presididos por una codificación que es necesario que conozcamos a fin de interpretarla de manera correcta. Aunque pueda parecer que estamos ante una banalidad, será preciso reconocer que esta imagen se ha ido configurando (y como es natural cambiando) a lo largo de toda su existencia, de tal manera que en cada momento los recursos han tenido un sentido y una interpretación que los diferencia de otros momentos concretos.

En determinadas ocasiones esta codificación adquiere niveles de rigidez y estereotipación tales que pueden transmitir al espectador un sentido equivocado de la imagen; esta sensación de vacío, incongruencia y aún falsedad responde, únicamente, al desconocimiento de los códigos concretos que presiden esa forma narrativa en cada momento preciso, de forma que cada filme puede alcanzar interpretaciones diferentes, y aún contrapuestas, de acuerdo con la mayor o menor riqueza y justeza con que nos aproximemos a él. Relacionado profundamente con lo que apuntamos se encuentra el reconocimiento de estar hablando de un medio que posee una tremenda lentitud en incorporar transformaciones sociales o culturales a sus propios códigos. El hecho de que el cine posea una estructura industrial y comercial muy importante condiciona de manera radical todos los otros aspectos de la propia imagen y a todos los niveles; es fácil de comprender que los ámbitos económicos (en cualquier faceta de la vida) no se caracterizan por afrontar riesgos y transformaciones que no tenga un respaldo de seguridad muy alto, por lo que no podemos extrañarnos que en el caso del cine, las películas sean poco permeables en un primer momento a los avances culturales o tecnológicos (sólo lo harán a nivel vanguardista), si bien cuando ha pasado un cierto tiempo se convierten en auténticos catalizadores de esos avances.

Por último, hay que constatar una situación que viven los medios audiovisuales en el momento presente, aunque no es exclusiva de ellos sino que responde a circunstancias de la sociedad actual; nos referimos a la que ha sido denominada como «tiranía de la contemporaneidad», es decir, una valoración exclusiva de lo inmediato, de lo cercano a nosotros, de aquello que estamos viviendo, minusvalorando, cuando no dejando en el olvido más absoluto, las aportaciones que se han hecho en épocas pretéritas.

Debemos matizar que la incidencia de esta situación no es igual en todos los audiovisuales, puesto que son la televisión y las comunicaciones en red las que experimentan esta presión de manera más viva, como es lógico en formas expresivas presididas por su contacto continuo y fresco con el usuario. Pero también en el cine, a pesar de cierto distanciamiento con la presión del día a día debido a que su proceso de creación es más dilatado en el tiempo, constatamos que se hace evidente la búsqueda de unos contenidos cada vez más relacionados con aquello que tenemos delante de los ojos, por encima de lo que podría ser una transmisión cultural más amplia.

Además esta valoración exclusiva de aquello que nos es más próximo tiene repercusión, como no podía ser de otra manera, sobre las obras artísticas que van apareciendo en cada momento; se da la paradoja de que en un mundo que posee todas las herramientas para tener presente aquellas aportaciones que se fueron dando en épocas pasadas (por ejemplo, hoy es muy fácil revisar todas las grandes obras de la historia del cine), haya autores que las ignoran y buscan descubrir nuevos caminos que ya fueron recorridos por generaciones anteriores.

## II. EL MUNDO DE LA BIOGRAFÍA

Tras estas reflexiones generales sobre determinadas características de las imágenes cinematográficas, es preciso que hagamos mención a una serie de rasgos que están presentes en las obras dedicadas a grandes personajes en el contexto de esta propia imagen

Lo primero que llama la atención cuando nos acercamos a la biografía cinematográfica es cómo ha estado presidida durante muchas décadas (podríamos decir que en la mayor parte de la historia del cine) por los principios historiográficos derivados de los planteamientos positivistas. De esta manera nos encontramos obras en las que la historia es vista como una acumulación de grandes acontecimientos externos, en la mayor parte de las ocasiones de tipo político o militar. Se trata de un continuo descriptivismo de elementos externos, de una reiteración de hechos (en muchas ocasiones desconexos entre sí) que son presentados pero no analizados en sus múltiples causas y consecuencias, o al menos, dejando de lado aquellas que no sean de tipo político.

Junto a ello se nos ofrece una visión de la historia que viene marcada en su evolución por los grandes personajes; no se trata de reconocer las aportaciones

de estos seres que realizaron contribuciones interesantes y que no pueden olvidarse (lo cual está dentro de toda lógica), sino que esa perspectiva se lleva a sus últimos extremos, de forma que el conjunto de la evolución de la sociedad es visto a través de esas intervenciones individuales y condicionada únicamente por ellas.

Es fácil de comprender que esta visión historiográfica (de amplio arraigo, como decimos, durante mucho tiempo y aún en la actualidad) ofrece una aproximación a los acontecimientos históricos mediatizada y parcial, puesto que deja de lado, o no valora suficientemente, aspectos de la evolución de la humanidad como son los económicos, culturales, sociales, religiosos y tantos otros que inciden en muchos aspectos y facetas de nuestro vivir cotidiano.

No podemos dejar de reconocer que si confeccionáramos una filmografía de las películas que han abordado el tema biográfico a lo largo de los poco más de cien años de existencia de este medio, nos encontraríamos con una presencia muy mayoritaria de filmes presididos por las premisas que hemos apuntado; ello no debe conducirnos a un desprecio o infravaloración de las mismas, sino que nos obliga a indagar las claves de la sociedad en que surgieron en esas obras a fin de poder comprenderlas e interpretarlas con exactitud y, sobre todo, poder integrarlas en una totalidad valorativa mucho más rica y plural.

Pero tan importante como esta vinculación a la historiografía positivista es poner de relieve una serie de rasgos de la biografía literaria y cómo se han reinterpretado en las similares manifestaciones cinematográficas.

Cuando nos aproximamos a este tipo de obras (sea cual sea su soporte técnico) destaca de manera inmediata el carácter didáctico-ejemplificador que poseen. Los personajes no sólo tienen unos rasgos que los hacen sobresalir entre todos sus coetáneos, sino que precisamente por ellos adquieren un carácter modélico para la sociedad ante la que actúan.

Si tenemos en cuenta cuanto decíamos anteriormente sobre la vinculación de las imágenes con la realidad social que las rodea, y sobre todo la incidencia de los planteamientos ideológicos, es fácil de comprender que los grandes protagonistas de la historia han sido utilizados en multitud de ocasiones con finalidades de tipo político o religioso. Son de todos conocidas las diversas interpretaciones que de la historia han hecho los regímenes políticos del siglo xx, por lo que no nos puede sorprender que las películas biográficas hayan sido uno de sus soportes preferidos; por ello se han estudiado exhaustivamente las biografías de grandes personajes realizadas durante los totalitarismos (fascismo, nazismo, comunismo, franquismo) o en situaciones democráticas en que era conveniente la transmisión de unos principios ideológicos al público.

Junto a ello no puede dejarse de lado la importancia que ha tenido la hagiografía (vida de santos) en el ámbito religioso; partiendo de esta premisa, se entiende el número considerable de filmes que se han realizado presentando a los espec-

tadores (que a la vez era, por lo menos, fieles potenciales) la vida de aquellas personas que habían luchado por alcanzar la santidad y que debían ser vistas como modelos a imitar en las circunstancias cotidianas de la vida.

Vinculado a este carácter ejemplificador se encuentra la reconocible tendencia a simplificar la psicología de esos personajes protagonistas. Condicionada por la necesidad de hacer más cercanos (y también más asimilables) al espectador unos seres que pertenecían a otras etapas de la historia, se busca resaltar solamente algunos de sus rasgos más evidentes, dejando de lado los elementos que pudieran revestir una complejidad expositiva.

Esta vertiente de la biografía se pone en relación, cuando nos referimos a su aplicación cinematográfica, con las claves de espectáculo que comentábamos anteriormente. Todos los factores de atracción que inciden sobre el espectador son utilizados para convertir al personaje biografiado en un ser que no sólo hay que admirar sino imitar en cualquier ámbito de la vida pública, con lo que estos filmes adquieren una repercusión social muy amplia tanto a nivel inmediato (es decir, en el contexto preciso en que se estrenan) como a medio y largo plazo por su posible impacto en generaciones sucesivas.

Pero, quizás, el problema más importante que siempre ha gravitado sobre la construcción de las biografías haya sido el necesario equilibrio entre el estudio dedicado a los personajes individuales y el que se centra en el contexto socio-histórico en el que vivieron. Si ello ha tenido una gran importancia en la biografía literaria, es fácil de comprender que adquiere un relieve mucho mayor cuando nos referimos al cine; todas las características de la imagen que hemos reseñado anteriormente llevan, de manera casi lógica, a una lucha entre los elementos ambientales y los individuales, de forma que se corre el peligro de no mantener una atención similar a ambos aspectos.

La simplificación ambiental que ha presidido muchas de las manifestaciones del cine histórico ha tenido como consecuencia un profundo decorativismo en el que se primaban las facetas meramente externas, dejando de lado o no profundizando suficientemente en aquellos aspectos estructurales. La tradición cinematográfica en este aspecto ha sido muy amplia y profunda, puesto que si nos remontamos a la lejana etapa del cine colosalista italiano de los años diez (con ejemplos que marcaron los años sucesivos como fue *Cabiria*, de Pastrone en el año 1914) constatamos que se consagraron fórmulas que en décadas posteriores tuvieron un fuerte arraigo industrial y popular, dando lugar a películas que son recordadas por su grandiosidad ambiental más que por su interesante interpretación de los hechos del pasado.

Aún en épocas recientes y en películas poco convencionales encontramos esa lucha entre esas dos concepciones de lo que debe ser la aproximación al pasado; un filme como *Esquilache* (Josefina Molina, 1988) nos presenta ambientales claramente externos, como son los rodajes realizados en el palacio de Aranjuez,

que contrastan con las secuencias en que se pretende transmitir la mentalidad del poder real en el mundo ilustrado con referencias concretas a la importancia de las ideas que Tanucci transmitía a Carlos III desde el reino de Nápoles.

Todas estas consideraciones nos llevan a concluir con dos reflexiones sobre la importancia que ha tenido y sigue teniendo la biografía dentro del contexto de las películas de recuperación histórica.

Por una parte, y ante las fórmulas historiográficas que fueron utilizadas en épocas anteriores, se hace preciso defender una posición que no sea despectiva ante lo que se hizo en otros momentos, sino que defienda la necesidad de profundizar en las claves que las impulsaron y que dieron como resultado una visión concreta de la historia, diferente de la que nosotros planteamos en el momento actual, pero que debemos valorar por su vinculación a una sociedad y unos principios muy concretos.

Pero, por otra parte, se hace necesario interpretar los cambios que se produjeron en este cine a partir de los años sesenta y setenta, con una lenta incorporación de las nuevas premisas historiográficas (escuela de los *Annales*, tendencias marxistas, historia social, de las mentalidades, *New Economic History* y tantas otras), de forma que podamos profundizar en caminos que se abrieron en un momento y que no han sido recorridos todavía con suficiente dedicación, como son las aportaciones de Roberto Rossellini al mundo de la biografía cinematográfica con sus obras televisivas dedicadas a grandes personajes (*La toma del poder por Luis XIV*, (*La prise du pouvoir par Louis XIV*), 1967; *Sócrates*, 1971; *Blaise Pascal*, 1972; *Agostino di Ippona*, 1972; *L'età di Cosimo*, 1972; *Cartesius*, 1974) y en las que se unía de manera muy sutil el conocimiento de esos grandes protagonistas de la historia con su vinculación a un momento muy concreto y especialmente importante de la transformación de la humanidad.